

Sobre la actuación de las ONG en las situaciones de guerra y violencia política

Alberto Fernández Liria

Psiquiatra. Grupo de Salud Mental de Médicos del Mundo. Universidad de Alcalá

Resumen:

Se presentan las visiones, frecuentemente maniqueas, de las ONG que se han ofrecido últimamente por los medios de comunicación de masas. Se revisa brevemente la historia de las ONG y los diferentes tipos que resultan de ella: basadas en la imparcialidad, militantes, profesionales, basadas en el derecho de injerencia... Se critica el mito del desarrollo que supone que los países pobres están más atrás que los ricos en un mismo recorrido y oculta que son la condición de posibilidad de la riqueza de los países ricos tal y como la conocemos. Se revisa críticamente la noción del derecho internacional basado en el principio de no injerencia. Se plantean posibles objetivos de la ayuda humanitaria –1) provisión de ayuda directa, 2) testimonio y denuncia y 3) sensibilización en el país de origen– y el tipo de problemas que puede hacer que su trabajo se vuelva contra estos objetivos.

Palabras clave: Organización No Gubernamental (ONG), ayuda humanitaria, medicina humanitaria, derechos humanos, guerra, violencia política.

Summary:

We review the different –and Maniqueic– points of view about NGO presented by mass media. We briefly review NGO history and the resultant different types of NGO: based on impartiality, militants, professionals, based on the right to injerence... We criticize the mith of development that is based on the idea that poor countries are only a bit behind the rich ones but in the same way and ignore that they are a necessary condition for richness in the rich countries. We also criticize the idea of international law based on the principle of non injerence. We discuss possible targets for humanitarian aid: 1) provision of direct aid, 2) acting as a witness and 3) sensibilization in the countries of origin –and the kind of problems that could make it work against its original purposes.

Key words: Non Gubernamental Organization (NGO), humanitarian aid, humanitarian medicine,

La circulación o el acceso de las ONG se ha convertido en tema central en las negociaciones y noticias de las guerras y la información de los cooperantes en un elemento clave en la formación de opinión sobre las mismas.

Las ONG no son, sin embargo, un fenómeno nuevo. Parece, en todo caso que hoy o entroncan con una nueva sensibilidad o se les concede un nuevo papel. No es fácil determinar cual pueda ser éste. Para los más optimistas las ONG canalizan esperanzas y energías que ha liberado el fracaso de la política (como instrumento de transformación del mundo)⁽¹⁾. Para los más escépticos suponen una maniobra de distracción que entretiene a la juventud poniendo parches y transportando bolsitas de arroz, y las

aleja de las actividades que podrían enfrentarse con las verdaderas causas de la miseria y la injusticia (que son políticas).

Lo que con más propiedad podríamos llamar la *moda* de las ONG se ha extendido en nuestro país a raíz de las guerras de la ex-Yugoslavia y de las de los Grandes Lagos. La presencia, más o menos silente hasta el momento, de españoles que aportaron un testimonio directo desde ambos escenarios facilitó el impacto de las noticias procedentes de allí. La corriente de solidaridad manifestada por amplios sectores de la población con las víctimas de ambos conflictos supusieron una sorpresa en una sociedad poco acostumbrada a actividades de solidaridad internacional.

Desde entonces, la presencia de las ONG en los medios ha sido constante. Pero, en general, ha discurrido por clichés estereotipados, alternando –al ritmo impuesto por la necesidad de captar audiencias o escribir algo original– la sacralización y la demonización sin matices, y ha sido poco útil para reflexionar sobre el papel que realmente está desempeñando la ayuda humanitaria.

Para los medios, las ONG han representado, a veces, lo que en otras ocasiones hemos calificado de **Rambo Moral**: algo así como la *parte buena* del viejo Occidente actuando allí donde la insensi-

⁽¹⁾ Algunos, por lo menos, nos interesamos en su momento por algunos proyectos de transformación del mundo a los que dedicamos alguna actividad que llamábamos *política*. Seguramente nos equivocábamos y *política* es el tipo de cosas que aparecen en las páginas de política de los periódicos o que hacen que Fulano, y no Mengano, sea subdirector general (independientemente de que es lo que uno u otro pretendan hacer). La capacidad de transformación de casi nada que emana de esa actividad es bien pequeña. Las elecciones nos permiten decidir si la misma política neoliberal va a ser dirigida por un partido socialdemócrata o uno conservador. Donde se mantiene la división de las corrientes tradicionales de la izquierda, a los interesados en esos temas nos queda aún el consuelo de poder optar entre apoyar a los que no dudaron en asesinar a Rosa Luxemburgo (y liquidar la revolución alemana) para que les permitieran participar en un gobierno o a los que asesinaron a Andreu Nin (y contribuyeron no poco a liquidar la revolución española) para mantenerse en otro.

bilidad de los gobiernos les permite inhibirse. Esta visión ha permitido encauzar voluntades y fondos, lo que, en general, ha sido positivo. Pero ha favorecido una visión mesiánica de la cooperación y ha servido de justificación a proyectos basados en análisis simplistas, cuando no maniqueos, de las situaciones objeto del trabajo, que ha causado no pocos problemas sobre el terreno y, además, ha dado pie a la mala imagen a la que nos referi-

a la perversidad de las organizaciones que gestionaban las ayudas. La suposición de mala fé ha resultado, sin embargo, más rentable desde el punto de vista periodístico y la imagen del cooperante dedicado a beber whisky y a pasear chikas en todoterreno por entre los campos de refugiados, ha sido aireada por la prensa a propósito de la crisis de los Grandes Lagos. Según esta tesis un primer problema lo constituirían los coone-

Una segunda versión de esta mala imagen se basa en la imputación de lo que pudiéramos llamar el **colonialismo cultural**. Los intentos de ayuda han servido de vehículo para la exportación a lugares lejanos de algunos de los males de nuestra cultura que, hasta entonces, eran desconocidos allí. A veces no es fácil prever los efectos secundarios de nuestras actuaciones. Podría atribuirse a la evangelización la aportación a algunas culturas de la llamada *postura del misionero* y, de paso, de la sífilis, y, más recientemente, a las bienintencionadas campañas de vacunación a los niños africanos para las que se reciclaron jeringuillas, la introducción de la hepatitis B. Aún mas devastadores han sido, probablemente, los efectos de la importación de patrones de conducta o de relación que han sustituido a los que tradicionalmente estructuraban la vida de algunas sociedades que se han visto abocadas a la disgregación o a situaciones ante las que carecían de códigos adecuados para hacer frente. O la creación de un grupo especial de individuos que, precisamente por su contacto con los cooperantes (a los que han servido, como asalariados, de logistas, traductores o guías), se separa del grupo y acaba encarnando intereses opuestos a la intención original de la ayuda. Además, buena parte de los programas psicoso-

ciales que se proponen desde lo que (no hace tanto) se llamaba Occidente se basan en conceptos de **trauma**, **duelo** o **familia** que pueden ser perfectamente extraños a los grupos a los que se pretende aplicar o que, como mínimo, ignoran las estructuras o los instrumentos a través de los que se organiza, en ellos, la experiencia de la adversidad y la petición y prestación de ayuda ante ella.

La última versión mediática de la mala cooperación (que hemos llamado **cinismo autojustificativo**) está magníficamente resumida por el chiste en el que El Roto nos muestra al gobernante tranquilo porque ha permitido introducir un 0,7% de aspirina en la bomba que va a vender a uno de los contendientes en alguna de las guerras de las que se beneficia su industria armamentística. Los gobernantes europeos se han sacado, desde luego, más fotos con sus compatriotas cooperantes que prestaban auxilios, que con los que vendían las armas que los hacían necesarios (aunque los puestos de trabajo mantenidos en la industria bélica europea cuenten también en el haber de esos mismos gobernantes). La responsabilidad de la vieja Europa en África o en Bosnia queda, de algún modo, lavada por la acción de unas organizaciones que intentan atenuar levemente los efectos de operaciones anteriores de las mismas

potencias y que, además, proporcionan al ciudadano común la oportunidad de contribuir a ello a través de la tranquilizadora práctica de la limosna. En ocasiones se han dibujado a los cooperantes como *representantes* de pueblos o naciones, lo que es falso.

Ninguno de estos clichés es de gran utilidad para pensar en la acción de las ONG. Lo que podríamos llamar la *imagen buena*, además de los peligros señalados más arriba tiene el problema de evocar valores como *generosidad*, *sacrificio* (o, peor aún, *heroísmo*)⁽³⁾ que no sólo son inapropiados para dar cuenta de los motivos, sino que tienen resonancias contraproducentes para los fines de esa misma acción (que se supone solidaria y pacifista).

La corrupción (primera figura de la mala imagen) puede afectar a la política, a la acción sindical y a las organizaciones humanitarias. Pero esto no invalida a ninguna de ellas. Las ONG deben actuar con transparencia y establecer mecanismos de control. La justicia debe perseguir a quien se aprovecha para sus fines de su pertenencia a la administración, a un partido, un sindicato o una ONG. No hay grandes cosas que discutir sobre este punto.

⁽³⁾ De resonancias judeo-cristianas o, incluso, fascistas que pueden estar completamente fuera de lugar.

El colonialismo cultural y el riesgo de efectos secundarios imprevistos representa un peligro real. Probablemente el riesgo aumenta al incrementarse el carácter *amateur* de la cooperación. El riesgo debe sopesarse (y –si no hay seguridad– contraponerse a los posibles beneficios) al diseñar los proyectos. Creo, sin embargo, que se trata más de un problema técnico que de un problema de fondo. Otros capítulos de este libro desarrollan nuestra visión sobre este tema.

La instrumentalización de la ayuda en la lucha política en los países de origen puede convertirse en una amenaza a la misma posibilidad de realizarla. Evitar este peligro requiere, también, un esfuerzo específico. Pero, como en el caso de los clichés anteriores, se trata de un **accidente**, no de algo cosustancial a la ayuda misma. Tiene sentido determinar cómo y en qué medida puede ser instrumentalizado tal o cual programa de ayuda y valorar, a la vista de eso, las alternativas. No descalificar globalmente la posibilidad de hacer programas de ayuda por ese motivo.

Lo hasta aquí expuesto constituye lo que podríamos llamar la *cara visible* del debate sobre las ONG. Nos hemos referido a ello porque no tenemos ningún interés en soslayarlo aunque se plantee en esos términos. Pero también hay que

decir que no puede plantearse en esos términos un debate del que se pretenda extraer una clarificación del papel de las ONG (y no sólo material para un lavado de cara).

Breve tipología de las ONG

Suele citarse como precursora de lo que hoy se conoce como ONG a la Cruz Roja. La Cruz Roja nace a partir de la experiencia habida en la batalla de Salferino, a mediados del siglo XIX, cuando el suizo Henri Dunant se ofreció a organizar la ayuda a las tropas austriacas y francesas enfrentadas en el norte de Italia. La condición de posibilidad de una actuación como la de la Cruz Roja es la *imparcialidad*. La Cruz Roja no toma partido y actúa *con permiso de ambas partes* para una misión que ambas aceptan. La Cruz Roja no basa su actuación en una ideología política o religiosa concreta y acepta cualquiera por parte de sus adherentes.

La actuación humanitaria concebida como aplicación de un determinado credo ideológico tiene también larga tradición. Cáritas, los cuáqueros —y el American Field Service— o Socorro Rojo, son algunos de los muchos ejemplos disponibles. Es la religión, el antibelicismo o una determinada visión de los movimientos

sus actuaciones, que no se justifican por un acuerdo entre las partes contendientes y que puede llegar a darse en ausencia, y aún con la oposición de éstas.

Las organizaciones *con mandato* de las Naciones Unidas (ACNUR, UNICEF...) —organizaciones *intergubernamentales* más que *no gubernamentales*— están legitimadas por esta organización⁽⁴⁾ y no por las partes contendientes ni por una ideología particular. Hoy juegan un papel central y la actuación de las ONG de cualquier otro tipo está muy condicionada por ellas.

Amnistía Internacional, Médicos sin Fronteras y sus epígonos (entre los que está Médicos del Mundo) son el paradigma de las organizaciones más recientes que ni requieren la aquiescencia de las partes para intervenir, ni tienen mandato de un organismo internacional para hacerlo, ni su actuación responde a un credo ideológico determinado. Se basa, en todo caso, en el cuestionamiento de un principio del derecho internacional el de *no injerencia*. Estas organizaciones proclaman el derecho y el deber de injerencia de los ciudadanos que en ellas se agrupan e intervienen allí donde se sienten conmovidos por la situación de seres

⁽⁴⁾ Que, no lo olvidemos, tiene al menos en teoría, capacidad de imponer...

humanos sometidos a la adversidad, sin considerar como requisito la autorización de las partes y sin mas capacidad de ejercer fuerza ni recabar apoyo que la que emana del prestigio del que puedan gozar entre la población de unos u otros países.

Algunas ONG se estructuran como grandes dispositivos logísticos que son capaces de desplazar y mantener sobre el terreno **cooperantes muy profesionalizados** y con capacidad para desempeñar en condiciones difíciles tareas muy específicas. La ONG se define por practicar un tipo de intervención, y los desplazados al conflicto se seleccionan por su capacidad de realizarla. Este es el modo de actuar de las grandes ONG anglosajonas y del Norte y Centro de Europa. Frente a estas organizaciones que desplazan cooperantes profesionales para actuaciones muy determinadas existen otras, generalmente pequeñas y cuya identidad se construye más en función de un planteamiento ideológico que de la especialización en un tipo de actuación. Los agentes desplazados por estas organizaciones a los escenarios de conflicto responden, con frecuencia, más al modelo de **militante** que al de cooperante profesional. En Bosnia actuaban una buena cantidad de estas ONG con base, sobre todo en los países mediterráneos.

La actuación de las ONG del primer tipo suele ser más eficiente y de efectos mas predecibles que las del segundo. Pueden tener el inconveniente de aplicar soluciones estereotipadas que, a veces, no se ajustan a las condiciones locales. Las del segundo tipo pueden tener la ventaja de una mayor versatilidad. Suelen dar más palos de ciego y es más frecuente que cometan errores de bulto. Si aciertan a realizar la misma acción que hubiera realizado una de las grandes, suele resultar mucho mas barata.

Médicos del Mundo (España) (MdM) es, a este respecto una organización peculiar. Comparte con las del primer tipo en primer lugar el tamaño y, además, la capacidad logística necesaria para poder intervenir inmediatamente gracias a la infraestructura radicada en España. Desplaza cooperantes que son expertos en técnicas concretas (cirujanos, anestesistas, enfermeros...) pero sólo excepcionalmente cooperantes profesionalizados. Lo peculiar de MdM es que, gracias a estas características, es capaz de basar su actuación en el desplazamiento de un gran número de voluntarios, por períodos relativamente cortos, y con un grado no muy alto de implicación en las tareas de cooperación. Por los programas desarrollados por MdM en Bosnia pasaron una cantidad importantísima de cirujanos, anestesistas,

traumatólogos, médicos de atención primaria, odontólogos, enfermeros, psiquiatras, psicólogos y otros especialistas que, en general, eran personas que estaban desarrollando su actividad profesional en el sistema sanitario público español, que no tenían experiencia en cooperación y que se desplazaban por períodos muy cortos (a veces de uno o dos meses) con lo que podían hacerlo manteniendo su situación laboral y familiar en España. Este modo de actuar (en que las estancias más largas y la experiencia en cooperación son requeridas exclusivamente a las personas que van a garantizar las condiciones de actuación de estos profesionales —coordinadores, administradores, logistas— ...) tiene inconvenientes, que son aún más patentes, cuando de lo que se trata es de desarrollar intervenciones psicosociales que requieren un *tempo* y un conocimiento del terreno más dilatados. Tiene, sin embargo, ventajas. Por una parte evita la consolidación de un cuerpo de cooperantes que puede acabar actuando más en función de sus intereses corporativos que de los objetivos de la ONG. Por otro incrementa el número de personas involucradas en las tareas, lo que favorece la función de sensibilización en las sociedades de origen, que constituye un objetivo de primera importancia para la acción humanitaria moderna.

El mito del desarrollo

Se ha establecido la consideración de los proyectos de ayuda humanitaria en torno a dos paradigmas: emergencia y desarrollo.

La actualidad de las ONG ha venido en los últimos tiempos de la mano de algunas actuaciones de **emergencia**. Diversas ONG han desarrollado dispositivos logísticos poderosos que les permiten presentarse con prontitud en los escenarios en los que se producen conflictos o catástrofes. Organizaciones como Médicos del Mundo son capaces de movilizar y dotar de infraestructura a grandes cantidades de voluntarios que, sin gran experiencia en cooperación o conocimiento del lugar de destino, son capaces de desarrollar una acción eficaz en función de su pericia técnica (cirujanos, anestesistas, especialistas en medicina tropical...) Organizaciones más profesionalizadas, como Médicos sin Fronteras, disponen de un número menor pero más cualificado de cooperantes a movilizar.

Se ha criticado a los proyectos concebidos como estrictamente de emergencia por abandonar a las poblaciones asistidas una vez que la noticia y la sensibilidad ante el conflicto se han enfriado y por facilitar una inhibición de las posibilidades de respuestas de las poblaciones

locales que, a la larga, las convierte en más vulnerables.

Los proyectos de **desarrollo** también han sido objeto de crítica: En primer lugar porque pueden promover modelos de sociedad y de conducta que desorganizan los culturalmente válidos en las sociedades receptoras sin ser capaces de sustituirlas, produciendo desestructuración social. En segundo lugar, frecuentemente se han orientado a satisfacer lo que serían las necesidades de un occidental colocado en la situación del local y no lo que éste vive como necesidades (que en ocasiones no tienen nada que ver). A veces si se detectan las necesidades, pero se aportan soluciones que, por motivos culturales o estructurales no funcionan en la práctica. Hay experiencias de cultivo o provisión de cereales diferentes a los idiosincrásicos (como ejemplo de disociación cultural) y recuerdo alguna planta congeladora de pescado donada por la cooperación de

los inversores de los países centrales precisamente aprovechando (cuando no fomentando) la situación calamitosa que supuestamente pretenden paliar en los receptores.

No se trata aquí (como no se trataba al principio de este escrito) de plantear una discusión sobre la buena o mala fe de los promotores de los proyectos. Se trata de señalar un problema teórico que se pone de manifiesto en un prejuicio que, a mi modo de ver, puede convertir en nocivos proyectos bien pensados y guiados por la buena fe.

Según la doctrina oficial consagrada especialmente por las organizaciones internacionales) los países se dividen en *desarrollados* y *en vías de desarrollo*. Desde una situación de partida de falta de bienestar, los países avanzan en un proceso que los acerca, cada vez un poco más, al modelo social representado por los países más ricos. El grado de desarrollo de un país

mundo globalmente dominado por el capital pero integrando formas que calificaron de *centrales* y formas *periféricas* de capitalismo. No un sistema en que diversos países (Canadá y Mauritania) se integran en diverso grado (debido al todavía escaso desarrollo del segundo país). Ni un sistema que funciona bien en los países que se integraron en él hace más tiempo (Europa, USA, Japón) y mal en los que se incorporaron reciente o parcialmente. Se trata de un sólo sistema que integra dos clases de economías cualitativamente diferentes y que se desarrolla incrementando las diferencias entre estas dos clases de economías.

No vamos a detenernos aquí en desarrollar el mecanismo económico que produce este efecto y que básicamente se debe a que el intercambio se produce en un mercado internacional en el que la movilidad del capital permite la igualación de las tasas de ganancia, mientras que, debido a la inmovilidad de la fuerza de trabajo, el valor de la fuerza de trabajo permanece muy diferente. (No cuesta lo mismo reproducir la fuerza de trabajo de un obrero alemán que la de un niño esclavo de Tailandia). Como consecuencia los países centrales y los periféricos intercambian sus productos según una fórmula por la que los países ricos las venden por encima y los pobres por

debajo de su valor (medido en fuerza de trabajo consumida para su producción).

De este modo el intercambio entre los países que el actual proceso de *mundialización* viene a multiplicar, lejos de aproximar, incrementa el abismo entre países ricos y pobres. No hay desarrollo sino, en la afortunada expresión de Günder Frank, *desarrollo del subdesarrollo*³.

Samir Amin en su libro *El fracaso del desarrollo en África y en el Tercer Mundo*⁴, ha examinado las condiciones en las que los países periféricos —especialmente los africanos— podrían construir economías que le permitieran disfrutar sus riquezas sin destruirse. El punto de partida de su propuesta supone el cuestionamiento de la mundialización y de la idea de que cualquier sustitución de los medios de producción tradicionales por otros más “modernos” acerca a las sociedades que los adquieren al modelo social y económico de los países centrales.

No es éste el lugar de discutir una propuesta tan compleja como la de Samir Amin. Valga con señalar que para que un proyecto de desarrollo sea digno de tal nombre no basta con garantizar que se dirige a necesidades sentidas por la población y que el dinero invertido llega a los destinatarios a los que debería llegar. Proyectos bienintencionados y eficientes pueden resultar estratégicamente inúti-

les o contraproducentes. El *amateurismo* ha sido considerado, con frecuencia (y con acierto), un peligro para la acción humanitaria. Pero en general hemos sido más sensibles ante el *amateurismo* en la ejecución (el médico que no sabe desenvolverse sin el soporte de su hospital o que ignora los principios básicos de funcionamiento en condiciones de represión y violencia y pone en peligro su vida y la de los demás) que en el *amateurismo* en la elaboración de los proyectos. La localización y planificación de proyectos de desarrollo es una tarea compleja que requiere una gran preparación.

Los límites del Derecho Internacional

El principio de no intervención constituye uno de los pilares básicos del moderno derecho internacional. Como señala acertadamente Consuelo Ramón Chornet⁵, la discusión de este principio es, desde sus orígenes en la polémica sobre la legitimidad del dominio español en América Latina en el siglo XVI y su formalización por los fundadores de los siglos XVII y XVIII (incluido Kant), precisamente, la discusión sobre los **límites** de tal principio y, por tanto, de las condiciones en las que la intervención puede ser legítima. Un repaso histórico de las situaciones en las que un gobierno ha creído en-

contrar razones para intervenir en lo que otro considera los *asuntos internos* de su nación, pondría de manifiesto que, sean cuales sean las razones argüidas, en general, para lo que ha servido es para que el estado más fuerte haga prevalecer sus intereses sobre los del otro. El principio ha servido, pues, en buena medida, para proteger los intereses de las naciones más débiles frente a los de las más poderosas.

La doctrina más moderna respecto a los límites de este principio se plasma en las resoluciones de las Naciones Unidas que autorizaron la intervención de las tropas con bandera de la ONU contra Irak para proteger a la población kurda en 1991 y en las guerras de la Ex-Yugoslavia o en Somalia (ninguna de las cuales se ha traducido en resultados brillantes). Según ella, corresponde a la ONU, a través de su Consejo de Seguridad, determinar la oportunidad y recabar la participación de los estados miembros para actuaciones definidas por un acuerdo adoptado en el Consejo, con una limitación temporal, territorial y en los medios a utilizar.

Pero el derecho internacional se ocupa —como su propio nombre indica— de las relaciones entre las naciones, que son, en realidad relaciones entre los estados que se resumen en relaciones entre los gobiernos que se encuentran al frente de éstos.

El derecho y el deber de injerencia que fundamenta la actuación de las organizaciones humanitarias debe beber en fuentes distintas, porque debe partir de la idea de que los individuos no tienen porqué establecer sus relaciones con individuos que viven más allá de una frontera necesariamente a través de los instrumentos políticos y comerciales de los que tradicionalmente se ocupa el derecho internacional.

La solidaridad entre los humanos no tiene porqué reconocer fronteras y no sólo no tiene porqué articularse a través de naciones, estados y gobiernos sino que puede establecerse a pesar de (y hasta contra los propósitos de) las naciones, estados y gobiernos. Los seres humanos no tienen porqué comportarse como miembros de una nación. El derecho puede regular las condiciones de ejercicio de una acción que encuentra su justificación en la ética. Pero no puede sustituir a ésta.

Este cuestionamiento de la nación como necesario organizador de la actividad humana tiene su antecedente más claro en la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT) creada en 1864. Una asociación que permite la extensión de la solidaridad entre los obreros, precisamente porque los obreros no tienen patria y el juego de las naciones lo que su-

pone es el enfrentamiento entre obreros para defender los intereses de las burguesías nacionales a las que la asociación considera verdaderas oponentes a los intereses *comunes* de los obreros de todos los países. Algo muy diferente de lo que posteriormente se han llamado Internacionales (Socialista, Comunista, Liberal, Demócratacristiana) que no son más que foros de acuerdo entre fuerzas nacionales con afinidades ideológicas que basan sus relaciones entre sí precisamente en el principio de no injerencia.

Indudablemente los objetivos y los planteamientos ideológicos de la AIT y los de los ONG que reivindican el derecho/deber de injerencia no son ni parecidos. Pero tienen en común una idea: la de cuestionar la legitimidad de los estados para poner límites a los sentimientos de solidaridad y a los movimientos de apoyo mutuo entre los seres humanos.

Objetivos y problemas de la acción humanitaria

Creo que, más allá de lo que cada ONG declara como objetivo de cada programa las funciones que éstos ayuden frente a las situaciones de guerra y violencia pueden agruparse bajo 3 grandes epígrafes.

Está, en primer lugar la *provisión de ayuda directa*. Es la que suele coincidir con el propósito declarado de tratar de apor-

tar alimentos, medicinas, soporte técnico o, como en este caso, ayuda psicosocial. Sin esta primera función nada de lo que sigue tendría sentido. Pero hay que ser prudente a la hora de valorar el efecto que esta ayuda tiene realmente a la hora de atenuar los efectos de la guerra.

Los estrategas de la guerra cuentan con la ayuda humanitaria como uno de los elementos que va a hacer aparición en el conflicto. Por eso, a veces, la ayuda humanitaria es más una de las *condiciones* bajo las que discurre el sufrimiento de las poblaciones civiles, que un obstáculo a éste. Hay formas de crueldad y estrategias de guerra desarrolladas en los conflictos de los últimos años, que no serían posibles si no contaran con la ayuda humanitaria.

El mantenimiento de poblaciones civiles enteras como rehenes y la consiguiente posibilidad de responder bombardeándolas a los movimientos (en *frentes distantes*) de la infantería bosnia, por parte del ejército serbobosnio, no hubiera sido posible si la ayuda humanitaria no hubiera mantenido a estas poblaciones a pesar de una situación que, en otras circunstancias, hubiera debido resolverse de otro modo (menos rentable desde el punto de vista militar).

Sabemos que buena parte del armamento moderno (entre otros, las minas antipersonas) pretenden causar *heridos* y

no muertos porque el herido, además de quedar él mismo inhábil para el combate, inhabilita a los camilleros, conductores de ambulancia y sanitarios que deben de atenderle. Sabemos que los *snjper* disparaban a la femoral en lugar de a la cabeza, porque las quejas del herido, podían atraer nuevas víctimas ante su punto de mira. No tiene porqué extrañarnos que algunos genios de la estrategia hayan concluido que la agonía contenida por la ayuda humanitaria de los seres queridos de las personas que combaten en frentes distantes y trascendentes, les resulte más rentable que una conquista rápida de estos lugares, ya sin valor estratégico, que hubiera obligado a los conquistadores a tomar decisiones costosas económica o políticamente sobre esa misma población civil.

La ley de la gravedad y el principio de inercia se oponen a que los cuerpos sólidos (como las granadas) se levanten sobre el nivel del suelo, se desplacen con una trayectoria más o menos paralela a la superficie terrestre y estallen en un lugar distante como la cola del pan del mercado de Sarajevo o el comedor de una familia bosnia. Pero a nadie se le ocurrirá decir que la ley de la gravedad y el principio de inercia son obstáculos para la guerra. Precisamente lo que se llama la *ciencia militar* consiste en saber usar la ley de la gra-

vedad y el principio de inercia para causar esos efectos. Una ayuda humanitaria predecible corre el peligro de resumirse en una de las leyes que deben estudiar los estrategas para saber cómo producir el máximo efecto devastador en el adversario.

Por supuesto que estas reflexiones no deslegitimizan la ayuda humanitaria. Pero deben advertirnos a quienes intentamos proveerla. E indican que la labor de denuncia debe acompañar la provisión de ayuda material para que ésta no pueda ver tergiversado su sentido.

Los cooperantes son testigos de lo que ocurre en los escenarios de guerra. Y hay cosas que se hacen mejor sin testigos. Todos hemos visto en TV a poblaciones enteras que tratan de evitar la salida de los cooperantes en situaciones en las que éstas han considerado imposible proseguir su labor de ayuda. Se trata de cooperantes desabastecidos y sin posibilidades de prestar ayuda material. La población pretende retenerlos porque en su presencia ante la posibilidad de que ellos cuenten al mundo lo que ven sus ojos, es más probable que el enemigo se contenga de cometer algunas atrocidades. De la mera recogida de información provista por la población atendida al desempeño activo y consciente del papel de escudos humanos que realizan, por ejemplo, las *Brigadas Internacionales de Paz*, pasando por la asis-

tencia psicosocial a las personas que han de prestar declaración ante los tribunales internacionales o la descripción de las lesiones atendidas en un dispensario (orificio de entrada por la espalda en mujer de 25 años, niños de 12 y 9 con las manos atadas con alambres...) hay un amplio abanico de actuaciones que cobran cada día mayor importancia que, frecuentemente no se contemplan en los objetivos de los programas y para los que, a veces, les falta preparación a los cooperantes.

Ni que decir tiene que esta labor de testimonio puede ser también calculada e instrumentalizada por los estrategas. Algo de esto ha ocurrido en el Zaire-Congo. Bueno es saberlo aunque no creo que esto le reste importancia a dicha labor.

Hay una tercera función de las ONG que me parece que justificaría sobradamente su existencia, aunque los dos precedentes resultaran un fracaso. La presencia de cooperantes de un determinado país en un conflicto dado, sensibiliza a la población de este país a ese conflicto. La diferente sensibilidad mostrada por los españoles ante Ruanda o Bosnia por un lado y Chechenia o Afganistán, por otro, tienen que ver con esto.

De este modo las ONG han pasado a encarnar la idea de que lo que nos concierne personalmente no tiene porqué suceder en nuestra casa, ni en nuestra aldea

BIBLIOGRAFÍA

1. Amin S. El desarrollo desigual. Ensayo sobre las formaciones sociales del capitalismo periférico. Barcelona. Fontanella. 1974.
2. Emmanuel A. El intercambio desigual. Madrid. Siglo XXI. 1973.
3. Frank G. El desarrollo del subdesarrollo.
4. Amin S. El fracaso del desarrollo en África y en el Tercer Mundo. Un análisis político. Madrid. IEPALA. 1989.
5. Ramón Chornet C. ¿Violencia necesaria?: la intervención humanitaria en derecho internacional. Madrid. Trotta. 1995.
6. Marx K. Estatutos generales de la Asociación Internacional de los trabajadores (1871). En Marx K, Engels F. Obras Escogidas. Madrid. Akal: 398-401.
7. Ramonet I. Un Mundo sin Rumbo. Madrid. Debate. 1997.

